



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

Un episodio dinástico de la historia de Egipto

Autor:

José R. Destéfano

Revista:

Anales de Historia Antigua y Medieval

1950 - 3, pag. 41 - 58



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

UN EPISODIO DINASTICO DE LA HISTORIA DE EGIPTO

EL REINADO DE LA REINA HATSHEPSUT

POR

José R. Destéfano

El reinado de la reina Hatshepsut, abundante en peripecias de menuda política, figura entre los sucesos más singulares de la historia de Egipto. Trátase de uno de los renovados episodios de luchas dinásticas que acaecieron, con frecuencia, en aquel imperio remotísimo. Tales querellas — aún no del todo aclaradas o dilucidadas por los egiptólogos — fueron siempre favorecidas por los sacerdotes del gran dios Amón-Ra, quienes por medio de intrigas brindaban o negaban su apoyo a tal o cual príncipe o princesa¹. Para el estudio del caso de la reina Hatshepsut las fuentes son innumerables: monumentos de arte como el templo funerario de Deir-el-Bahari y los obeliscos de Karnac que ella mandó erigir triunfalmente; papiros con escritura de la época; relieves e inscripciones lapidarias preciosas por su valor histórico.

Todas esas fuentes han sido largamente analizadas e interrogadas por la egiptología con el auxilio de la epigrafía, la paleografía y la lingüística². Se han podido reconstruir así, con visos de verdad histórica, todos los acaeceres de ese reinado arcano.

Sabido es que, concordante con la teología egipcia, el faraón representaba sobre la tierra al dios supremo Amón-Ra. El faraón era, como Amón, un ser divino. En las representaciones plásticas las vestiduras de ambos son parecidas; los dos llevan la barba postiza propia de los dioses. El faraón era engendrado por el mismo dios. *Tú eres mi hijo bienamado, nacido de mi carne*, afirma Amón. Era el faraón el fruto vivo de los amores del dios con una reina mortal; tal mediación significaba una apoteosis sin par del monarca, que se convertía así en el poseedor único de la fuerza sagrada. En consecuencia, para conservar la sangre divina, la herencia solar de la dinastía, el hermano desposaba a la hermana. De tal manera, la sangre de Amón-Ra transmitíase a través de las generaciones, eternamente. Fiel a semejante concepción de los teólogos de Heliópolis, un príncipe sólo podía ceñirse la corona si nacía de padre y madre que tuvieran idénticos derechos al trono. Sucedió esto, solamente, cuando los padres

¹ MORET: *Le Nil et la civilisation égyptienne*, París, 1926, pág. 357.

² BREASTED: *Ancient Records of Egypt: The Historical Documents*, Chicago, 1905.

de tal príncipe eran hermanos engendrados por una mujer de la realeza. En cambio, si el príncipe era hijo del faraón y de una mujer no real perdía su herencia al trono, que recaía, por legítimo derecho, en su hermana engendrada por una reina de nacimiento. En tales casos, la princesa contraía nupcias con su propio hermano, con quien usufructuaba conjuntamente la corona³.

¿Cómo se gobernaba tras este doble casamiento? ¿Cuáles eran las funciones que desempeñaba cada uno de los cónyuges? El príncipe ejercía las funciones públicas de gobierno propias de un varón: el culto de los dioses, el comando de los ejércitos, el ejercicio de la justicia. Sin embargo, la princesa no cesaba nunca de ser la soberana auténtica. Muerta ella, el derecho al trono pasaba, por sucesión hereditaria, a sus hijos. Se hacía menester que el padre — que carecía de sangre real — invistiera de poder reinante a uno de ellos como sustituto legatario de la reina difunta. Con él, compartía el padre la pompa de gobierno⁴.

La época de Tutmés I nos alecciona largamente acerca de las contiendas dinásticas faraónicas. Tutmés I —el conquistador de Asia— pertenece a la dinastía XVIII que engendra una de las épocas más gloriosas para el Egipto. Al triunfo de contornos épicos contra los reyes pastores, los hicsos, súmanse luego las victorias contra Nubia, Siria y Palestina. La pujanza egipcia, en su plenitud, desbordante de fasto y riqueza, se dilata hasta *los países de las fuentes* —como se los denominaba entonces—, vale decir, hasta la zona comprendida entre el río Oronto y el Eufrates. Pero, ¿cómo arriba al trono Tutmés I que es el hilo inicial de toda esta complejísima trama dinástica? Sábese —pese a que su árbol genealógico está poco esclarecido— que era hijo de una mujer llamada Senousenb, que carecía de real linaje. Siempre que se la nombra se lo hace con el título de *madre del rey* y no, como *esposa del rey*, lo que atestigua meridianamente que no descendía de sangre solar⁵. Los derechos reales de Tutmés I emanan de haberse casado con la princesa legítima Ahmasi, hija del faraón Amenofis I. Con ella, Tutmés I comparte el trono; por ella, las pretensiones a reinar de Tutmés I adquieren la validez necesaria.

De los esponsales de Tutmés I y de la reina Ahmasi nacieron cuatro hijos: dos varones y dos mujeres. Los dos primeros, de nombre Amennes y Onazmes⁶, murieron prematuramente, de corta edad o quizás en la adolescencia. La herencia faraónica pasa entonces a la princesa viviente Makere-Hatshepsut, vástago único de sangre divina. Es cierto, que en Egipto, la concentración del poder soberano en manos de una mujer era mirada con recelo, casi con adversión, pero la pujanza del partido legitimista era tan avasalladora que Tutmés I debió reconocer más tarde a Hatshepsut como heredera legítima del trono⁷. Sin embargo, el proceso dinástico se oscurece, porque Tutmés I era asimismo padre de dos hijos bastardos. Uno —el futuro Tutmés II— nacido de la princesa Moutnetref, mujer real de inferior jerarquía, a quien no correspondía el título augusto de *esposa del rey*. La conocemos, sabemos algo de su fisonomía, de su con-

³ Texto de las Pirámides; MORET: *otra citada*, pág. 358.

⁴ MASPERO: *Histoire ancienne des peuples de l'Orient classique*, París, 1895-97, tomo II, pág. 77.

⁵ MORET: *Rois et dieux d'Égypte*, París, 1922, pág. 14.

⁶ Los nombres figuran en una capilla funeraria de Gournah. (Véase Grébaut, *Musée Égyptien*, I, pl. 6).

⁷ BREASTED: *Histoire de l'Égypte*, trad. Capart, Bruselas, 1926, pág. 275.

tornó físico, por una estatua que cariñosamente le dedica su hijo⁸. Otro— que será después Tutmés III— procreado con una manceba de nombre Isis, que tampoco merecía el apelativo de *esposa del rey*⁹.

La historia del Egipto —cuajada de sorpresas— prueba que los dos bastardos Tutmés II y Tutmés III ocuparon el trono usurpando los derechos a la auténtica heredera, la princesa Hatshepsut. La existencia de esta mujer célebre, a quien por su pasión por los monumentos podría llamársele *la dama amante de las artes*, transcurre misteriosamente, con algo de novelesco, entre episodios nefandos y luchas dramáticas contra los usurpadores. Su nombre no figura en las listas reales egipcias: ni en las dos tablas de Abidós, ni en la de Sakara, ni en el papiro de Turín, ni en la *Aegyptiaca* de Manetón. Pero no sólo está expulsada de los archivos oficiales. ¡Ah, la pobre y hermosa reina, zaherida, odiada, ha sido motivo de una persecución sin precedentes! También en los monumentos que ella erigió: el grandioso templo de Deir-el-Bahari y los obeliscos de Karnac, sus nombres están igualmente picados en las cartelas; en los relieves, su figura corpórea ha sido despiadadamente borrada o mutilada. “La destrucción del nombre —dice Lefébure— equivalía a una verdadera muerte; se martillaba el nombre de los personajes condenados o caídos en desgracia”¹⁰. En vez de ella, Hatshepsut, que era la reina por nacimiento regio, resplandecen por todas partes los nombres y las figuras de Tutmés I, padre, y de sus hijos Tutmés II y Tutmés III.

¿Por qué se motivaron esos bruscos cambios históricos? ¿Qué conflictos difíciles de iluminar, a tantos siglos de distancia, acontecieron entonces en el Egipto? Posiblemente la aparición triunfal de un partido político adverso a las aspiraciones de Hatshepsut. En efecto, el Egipto por aquellos días vivía en plena apoteosis guerrera. Tutmés I se había anexado vastísimos territorios que llegaban hasta las márgenes del Eufrates. ¿Cómo dejar el país en manos de una mujer en época de tamaños acontecimientos militares? ¿Cómo no temer por su suerte en un período de conquistas frecuentes, más allá de sus fronteras? Es probable que un partido con fuerza creciente, contrario a Hatshepsut, antifeminista, compuesto por miembros del ejército, se opusiera tenazmente al partido legitimista que sostenía a la reina. Tal suposición derrama alguna luz sobre las luchas políticas de que durante largos años será teatro el Egipto.

Veamos el giro de tales acontecimientos. En el año 50 del reinado de Tutmés I, muere su esposa Ahmasi que era reina por derecho divino. El partido legitimista obliga en seguida a Tutmés I a abandonar el trono en beneficio de su hija Hatshepsut. Los monumentos confirman que ésta se casó, al poco tiempo, con su medio hermano Tutmés III, quien de tal modo legitimó sus aspiraciones al trono. Ambos —Hatshepsut y Tutmés III— fueron coronados en ceremonia única, el mismo día, en vida todavía del faraón Tutmés I¹¹. Durante los años aurales del reinado de Tutmés III— los dos primeros— éste gobierna solo. La reina Hatshepsut se diría ausente, pues en parte alguna se hace mención de su co-regencia. Al contrario, ella vive en el estado de subordinación o dependencia de las mujeres; sólo se la nombra con el título corriente de *primera esposa del rey*.

⁸ *Aegyptische Zeitschrift*, 1887, pág. 125, citado por MORET: *Rois et dieux d'Égypte*, pág. 14.

⁹ BREASTED: *Ancient Records of Egypt*, II, 307.

¹⁰ LEFÉBURE: *La vertu et la vie du Nom en Égypte*, París, 1887, pág. 229.

¹¹ SETHE: *Tutmés I*, Berlín, 1906, tomo II, ap. XXXIX.

Y en los monumentos donde se esculpe a Tutmés III —como los relieves del templo de Semnet— tampoco aparecen grabados ni la figura ni el nombre de Hatshepsut¹². Evidentemente, el poder de Tutmés III era en ese momento de la historia del Egipto, firme y temible.

Con el apoyo de documentos de la época, opínase que Tutmés III fué exaltado al trono del Egipto por un golpe de estado fraguado por los sacerdotes en el recinto mismo del templo de Amón en Karnac. El acontecimiento sería una verdadera revolución, aunque no cruenta, sino pacífica. Recuérdese que Tutmés III era un príncipe sin herencia regia, que ejercía el sacerdocio en el templo de Karnac con el rango de profeta. Sin embargo, contaba con el sostén unánime de la casta sacerdotal en sus reivindicaciones al trono, acrecentadas éstas fieramente luego de su matrimonio con Hatshepsut. (Estas pretensiones coincidían a todas luces con las que su padre Tutmés I enarboló antes por su enlace con la reina Ahmasi).

El episodio de la ascensión al trono de Tutmés III está consignado en una inscripción que el mismo mandó grabar en el lado izquierdo del muro sud del santuario de Karnac. A través de su texto puede inferirse fácilmente cuál fué la complicidad silenciosa de los sacerdotes durante la ceremonia. Dice Tutmés III en su inscripción: *En el interior del templo, estaba yo de pie, en la parte norte de la sala hipóstila. Era un día de fiesta del cielo y de la tierra, en que el dios recibía grandes maravillas que el pueblo le ofrendaba sobre el altar del templo... El dios dió vueltas por dos veces a lo largo de la columnata de la sala; pero los asistentes no comprendían lo que el dios hacía, mientras Él buscaba a Mi majestad por todas partes. Cuando el dios me reconoció se detuvo. Yo me prosterné entonces en su presencia. Me puso delante suyo en un lugar llamado "la estación del rey". Entonces quedó sorprendido al verme y se revelaron así ante el pueblo los secretos que estaban en el corazón del dios y que nadie conocía. Abrió para mí las puertas del horizonte de Ra. Entonces me remonté al cielo como un halcón divino, contemplando allí su forma, adoré a Su Majestad; ví las formas gloriosas del dios del horizonte por los caminos misteriosos del cielo. El mismo Ra me instituyó (rey) y fuí consagrado con las coronas que estaban sobre su cabeza y su "ureus" fué colocado sobre mi frente. Recibí así las dignidades de un dios y se establecieron para mí los grandes nombres reales¹³.*

A poco de concluir la ceremonia, fueron publicados los cuatro nombres y los títulos reales de Tutmés III. Después, relevado de su cargo de profeta del dios Amón, se instala solemnemente en su palacio como faraón, en una ceremonia de esplendente boato. No se sabe si Tutmés I conoció con antelación la trama; pero los hechos que tuvieron como escenario el templo sucedieron en tanto que él ofrecía incienso al dios y le consagraba una ofrenda numerosa. Ni se le persigue, ni se le encierra en prisión, acaso como actitud de respeto al conquistador que había ceñido nuevas glorias, en sus campañas asiáticas, a la corona del Egipto.

Tutmés III, ya en el trono, gobierna solo, desplaza a un segundo plano a la legítima heredera Hatshepsut y se zafa de la presión política del partido legitimista. Durante casi tres años su autoridad es imperativa. Manda demoler el templo de ladrillo que el faraón Sesostri III edificó en Semnet,

¹² MORET: *Rois et dieux d'Égypte*, pág. 16; BREASTED: *Histoire de l'Égypte*, pág. 277.

¹³ BREASTED: *A new Chapter in the Life of Thutmose III*, Chicago, 1900, tomo II, Cap. XXXIX; BREASTED: *Ancients Records*, II, 131-136, 138-148; MORET: *Mystères égyptiens*, París, 1922.

próximo a la segunda catarata. En su lugar erige, con fino granito traído de la Nubia, otro templo majestuoso, donde deposita, como una reliquia, la antigua estela-frontera del Imperio Medio¹⁴. De inmediato actualiza un decreto del mismo Sesostris III que establece una tasa fija para proveer de ofrendas al templo. Pero, en ninguno de los dos protocolos reales, ni en las inscripciones templarias se exhibe el nombre de la reina Hatshepsut.

Con todo, la autoridad absoluta de Tutmés III en el gobierno del Estado fué de duración efímera. La nobleza del partido legitimista, partido que mantenía intacto su poderío, no olvidaba que Hatshepsut había sido consagrada heredera al trono por su propio padre Tutmés I. La querrela dinástica recomenzaba con agudeza suma. Tal gravedad alcanzaron los sucesos que, entre los años segundo y quinto del reinado, Tutmés III aceptó la co-regencia de la reina Hatshepsut partiendo con ella los afanes del gobierno. En verdad, tratábase de otra revolución callada, incruenta, que culminaba con el triunfo del partido legitimista contra el antifeminista.

Hatshepsut despliega desde ese momento una actividad inusitada; se siente orgullosamente soberana reinante de Egipto. Acomete la construcción del templo funerario de Deir-el-Bahari, *el sublime entre los sublimes*. Trueca su título de *la gran mujer real*, por todos aquellos que corresponden sólo al faraón. Se hace llamar *Horus femenino, Ra femenino*; adopta el título de rey; se le confieren las dos cartelas y los cuatro nombres reglamentarios. Los escultores invierten su físico: la representan como un varón con falsa barba, desnudo el busto, vestida con un faldellín corto. También la masculinidad se señorea de su nombre. En vez de Hatshepsut, *la primera de las nobles*, llámasele Hatshepsu, *el primero de los nobles*. La palabra Majestad —que en egipcio concuerda con el sexo del soberano— úsase ahora como femenina. Hasta los hábitos de la corte sufren modificaciones radicales para ajustarlos al reinado de una mujer excelsa¹⁵.

Ya en el trono, Hatshepsut compórtase como una reina enérgica y activa. Encomienda a su arquitecto Senmut, la ejecución de espléndidos monumentos, entre los cuales sobresalía el templo de Deir-el-Bahari, edificado en Tebas, sobre la orilla izquierda del Nilo. En los muros, manda grabar larga serie de bajo relieves que describen episodios de su nacimiento y coronación. Las escenas del nacimiento enseñan que sólo ella, como descendiente del divino Amón-Ra, podía ocupar el trono del Egipto. Básase todo el relato allí esculpido, en la antigua teoría de la descendencia solar, es decir, en la idea de que el faraón era hijo carnal del Sol. En tales grabados, Hatshepsut confiesa públicamente que su padre verdadero es Amón-Ra. Con ello, apoya con un argumento místico irrefutable, su derecho legal al trono. La escena cincelada en los muros de la segunda terraza es de una claridad meridiana. Sobre un alto lecho suntuario ornado con cabezas de león, vése a la reina Ahmasi —madre de Hatshepsut— en muy íntimo coloquio con el dios Amón-Ra, que reemplaza al verdadero esposo humano Tutmés I. Dos divinidades menores, Neit y Selkit, protegen la escena con amoroso celo¹⁶. Un texto de radiante lirismo que recuerda las descripciones que hace Homero de los desposorios divinos, relata con minuciosidad las fases del connubio. *He aquí lo que manifestó Amón-Ra, rey de los dioses, señor de Karnac, que preside Tebas, cuando tomó la forma de*

¹⁴ BREASTED: *Ancients Records*, II, 167-176.

¹⁵ BREASTED: *Histoire de l'Égypte*, pág. 277.

¹⁶ BREASTED: *Ancients Records*, II, 187.

ese varón, el rey del Sur y del Norte, Tutmés I. El dios halló a la reina en el lecho en el esplendor de su palacio. Despertó ella al sentir el perfume del dios, y se maravilló cuando Su Majestad apoyó su corazón sobre ella y se mostró en su forma de dios. En seguida, ella exaltóse en presencia de sus bellezas, y el amor del dios corrió por sus miembros, mientras el olor y el aliento del dios estaban cuajados de los perfumes del Punt.

Y he aquí lo que dijo la esposa del rey, la reina Ahmasi, a la vista de la majestad de ese dios augusto, Amón, Señor de Karnac, dueño de Tebas: ¡Oh, cómo son de grandes tus almas! ¡Y qué delicia es ver tu faz cuando te unes a mi Majestad en toda tu gracia! ¡Tu rocío celeste impregna todos mis miembros! Después, cuando la majestad del dios hubo cumplido su deseo, Amón, el Señor de las dos Tierras le dijo: *La que se une a Amón, la primera de las nobles, éste será el nombre de la hija que nacerá de tí, pues tal es el sentido de la serie de palabras brotadas de tu boca. Ella ejercerá su reinado bienhechor, en toda la tierra, pues mi alma es suya, lo mismo que mi corazón y mi voluntad y mi corona, para que ella gobierne las dos Tierras y guíe todos los KA de los vivientes*¹⁷.

Otros bajo relieves completan la narración del texto transcrito. En ellos asistimos a la natividad real de Hatshepsut. El dios Khnum —el alfarero divino que modela hombres y dioses— le manifiesta a Amón que modelará al niño real con formas más hermosas que los mismos dioses, para que reine augustamente sobre todo el Egipto. Nace el infante, pero con la forma de un niño. ¿Por qué? ¿Acaso, por convención, porque el personaje gobernante debía ser siempre un varón, un faraón? ¿Tal vez como hecho simbólico de varonía, para que no rompiera con la tradición egipcia? En otra escena, el niño es mostrado a su legítimo padre Amón, quien abraza y mece *lo que ama por sobre todas las cosas*. En seguida le saluda con palabras entrañables, y ante los dioses atentísimos, le promete el reinado en el trono de Horus¹⁸.

¿Y qué era entretanto del bastardo Tutmés III, co-regente con Hatshepsut? En ninguno de los textos se alude a su persona, silencio calculado con fines políticos, que debían herirle en lo profundo. En efecto, ¿qué podía grabar en los muros, él, bastardo inferior, frente a la natividad real de Hatshepsut? ¿Cómo competir con los títulos de sangre tan impolutos de la reina?

Después de la escena del nacimiento, en otros relieves del templo de Deir-el-Bahari, como en un libro celeste, describese el coronamiento de Hatshepsut como rey de Egipto, en presencia de hombres y dioses. El caso acontece, con el ceremonial litúrgico de estilo, en la misma Heliópolis. En ese día Hatshepsut, luego de un largo rito tanto mágico, como religioso y político, por acto de coronación, se transustanció en un Horus. ¿Qué época era ésa del reinado de Hatshepsut? ¿Qué edad frisaba por entonces la reina? Nada se sabe con certeza, pues la cronología del gobierno de los Tutmés es en extremo dubitativa. Sin embargo, debía ser joven y atrayente. He aquí un texto alusivo a tal momento: *La reina crecía mejor que nadie y verla era algo muy bello para el mundo. Ella era como un dios; su mismo esplendor era el de un dios. Su Majestad era una virgen hermosa y florida...*

¹⁷ BREASTED: *Ancients Records*, II, 187.

¹⁸ MORET: *Rois et dieux d'Égypte*, págs. 21-22; *Du caractère religieux de la royauté pharaonique*, París, 1903, pág. 53.

¿Cómo era físicamente la reina? Estatuas, relieves y textos nos dan con cierta exactitud, su vivo retrato. Hatshepsut era alta, con el talle angosto; su cuerpo cimbreño le daba un porte majestuoso. En el rostro, de alargado óvalo, lucía su tez olivácea. Un adelgazamiento de la parte inferior del mismo, ocasionaba una acentuación saliente de los pómulos. Los ojos anchos, almendrados, fulguraban de inteligencia; la nariz aguileña trasuntaba un aire de osada firmeza. La boca era pequeña y seria; la barbilla que se alzaba un poco, puntiaguda. (¡Ah, cómo sería el color de su pelo, cuál el de sus ojos!). Todo en sus imágenes rezuma un carácter arrogante y una energía indómita. Sensación que se acrecienta por la barba varonil postiza que se pega a su mentón. En una palabra Hatshepsut semeja —como la define Rawlinson— *una verdadera amazona*.

Hatshepsut, según los relatos escritos, fué designada por su padre Tutmés I como su sustituto, como la futura testa reinante de Egipto. La escena de gran aparato —como todas las del ritual religioso egipcio— transcurrió en la sala del trono ante la corte en pleno, formando asamblea¹⁹.

Tutmés I, débil de fuerzas, anciano ya, abrazó a su hija, y con gestos de protección mágica le prodigó el flúido de vida. La concurrencia, de rodillas, lanzaba asimismo el flúido protector hacia la reina. En seguida Tutmés I solicita a la asamblea se reconozca a su hija como único soberano del Egipto. “A esta hija viviente Khnoumit-Amón-Hatshepsut —músitó Tutmés I— la siento en mi trono. Es cierto, he aquí que ella se sienta en mi trono y hace oír sus palabras en todos los lugares del palacio; ella nos conduce, escuchad sus palabras y sed unánimes para ejecutar sus órdenes. Aquel que la adore, vivirá ciertamente; aquel que profiera cosas malvadas y hostiles contra su Majestad, ése ciertamente morirá. Todos los que escuchen y acepten concordés el nombre de su Majestad, que se aproximen para proclamar conmigo el nuevo rey. Verdaderamente divina es esta hija del dios, y son los dioses quienes luchan por ella y lanzan su flúido de vida detrás de ella, como lo ha ordenado su padre Amón, el rey de los dioses”²⁰.

Oídas estas palabras, por el concurso, de boca de Tutmés I, que confería a Hatshepsut la dignísima potestad de hija del rey, rey del Sur y rey del Norte, todos besaron la tierra a los pies de la reina; se prosternaron a la real orden de ella de adorar a los dioses de su padre. Entonces Amón-Ra sugiere a quienes redactan el protocolo que compongan los nombres de Hatshepsut a semejanza de los que él había compuesto en el instante de su intimidad con la reina Ahmasi²¹.

La segunda ceremonia verificábase en las moradas divinas, donde Hatshepsut recibía las coronas de manos de los dioses de Tebas. Sometíase primero a escenas de purificación, luego, a todas las prácticas rituales antiguas, fieles, consecutivas desde la época del faraón Menes. Concluídas éstas, era introducida por el oficiante en el Santuario precedida por todas las insignias históricas de los *nomes* egipcios. Dirigíase a la nave del sur, donde las divinidades Seth y Horus, le ceñían la corona blanca del Sur (pasaje de la aparición del rey del Alto Egipto); en seguida, iba hacia una nave del norte, donde recibía la corona roja del norte (pasaje de la aparición del rey del Bajo Egipto). Después, cubierto el rey con el *pschent*

¹⁹ BREASTED: *Ancients Records*, II, 215.

²⁰ BREASTED: *Ancients Records*, II, 237.

²¹ BREASTED: *Ancients Records*, II, 15; MORET: *Rois et dieux d'Égypte*, pág. 26

(las dos coronas reunidas) siéntase en el trono entre dos divinidades del sur y del norte, mientras Seth y Horus ligan en sus manos las cuerdas que sujetan los lotos y papiros. La escena simbolizaba “la reunión de las tierras del Sur y del Norte”, a los pies del monarca. Por último, Hatshepsut, cubierta con luengo manto, en las manos el cayado y el látigo de Osiris; ejecuta la “procesión alrededor del muro”, vale decir, los pasajes de la fiesta de la diadema. Finalmente, el nuevo rey (Hatshepsut), con soberana pompa, es conducido ante Amón-Ra, quien le abraza entrañablemente. Empieza entonces para el nuevo rey una existencia más que humana, celeste, divina²².

Tampoco en esta fulgurante escena de la coronación de Hatshepsut se menciona o recuerda en momento alguno, a su esposo Tutmés III. ¿Qué explicación oculta tal premeditado silencio? ¿Qué sucesos históricos sucedieron por entonces en el Egipto? Quizás podemos conjeturar que la autoridad tan extrema de la reina nacía de otro golpe de estado del partido legitimista que, sin privar del título de rey a Tutmés III, le desplazaba calladamente de las funciones de gobierno.

No obstante, la apoteosis reinante de Hatshepsut fué de duración efímera. En las postrimerías del año 6, muda bruscamente su fortuna. Los textos y las escenas alusivas a su nacimiento y a su coronación, grabados en los monumentos de Deir-el-Bahari, fueron picados o borrados con increíble ensañamiento. Todas las figuras esculpidas de la reina fueron destruidas. En vez de los nombres de Hatshepsut y de Tutmés III aparecieron bien visibles, los de Tutmés I y Tutmés II, su otro hijo bastardo. Es probable que tales hechos ocurrieron porque en la lucha entre el partido de los sacerdotes que sostenía a Tutmés III, y el partido legitimista que defendía a la reina Hatshepsut, ambos se debilitaron mutuamente. En consecuencia, quedaron a merced de otro partido triunfante, el de Tutmés I y Tutmés II²³.

No sabemos cómo las cosas pasaron, pero Hatshepsut y Tutmés III fueron desposeídos del trono. Entonces, Tutmés II, aliado a su padre el anciano rey destronado Tutmés I, asume la soberanía del Egipto. Todos los homenajes son para ellos; la suprema autoridad les pertenece. En las capillas consagradas a los dioses Anubis y Hathor, en Deir-el-Bahari, resaltan ahora sobre los muros, triunfalmente, las figuras de Tutmés I y Tutmés II. Coincide, por otra parte, el advenimiento de estos monarcas con las expediciones militares a Nubia primero, y luego, hasta las riberas del Eufrates. ¿La ascensión al trono de Tutmés I y II fué motivada por tales acontecimientos guerreros difíciles de sobrellevar por una mujer?²⁴. ¿O fueron las disensiones de la casa real las que originaron las rebeliones en la Nubia?²⁵. Nada de esto sabemos positivamente. Los documentos del Egipto consignan que Tutmés I, el viejo guerrero, cumplió una campaña victoriosa contra los países asiáticos arribando hasta el Eufrates. A su vuelta, hizo esculpir en los muros del templo inacabado de Hatshepsut, escenas conmemorativas de su expedición al Asia²⁶. Muerto luego Tutmés

²² MORET: *Du caractère religieux, etc.*, pág. 73; *Rois et Dieux d'Égypte*, pág. 26.

²³ BREASTED: *Histoire de l'Égypte*, pág. 277.

²⁴ MORET: *Rois et dieux d'Égypte*, pág. 33.

²⁵ BREASTED: *Histoire de l'Égypte*, pág. 278.

²⁶ BREASTED: *Ancients Records*, II, 341.

I²⁷, su hijo Tutmés II llama a su lado, no a Hatshepsut, sino a Tutmés III, el combatido²⁸. Pero Tutmés II, débil, enfermo, muere en las proximidades del año 9. Su mandato había durado apenas dos años y medio. ¿Cuál era el estado político del Egipto en el momento del deceso de Tutmés II? En un documento de la época, Ineni, el arquitecto de Tutmés I, lo describe así: *El rey ascendió al cielo y se reunió con los dioses; su sucesor Tutmés III quedó en su lugar como rey de las Dos-Tierras; reinó en el trono del que lo engendró con su hermana, la esposa del dios, Hatshepsut, que gobernaba los asuntos del país según sus planes. Egipto todo, doblando la cerviz, trabajaba para Ella, la excelente semilla salida del dios. Ella era la cuerda que sirve para tirar del Bajo Egipto, la cuerda donde se amarra el Alto Egipto; era Ella el guardián perfecto del timón del Delta, la Señora que da las órdenes, cuyos planes notables pacifican las Dos-Tierras, cuando habla*²⁹.

La desaparición de Tutmés II trajo como secuela un acrecentamiento del poderío de la reina Hatshepsut. Reanudó ésta, a partir del año 9, la abandonada construcción del templo de Deir-el-Bahari. De nuevo, como antes de la breve alianza entre Tutmés I y Tutmés II, todos los homenajes apuntan a la persona augusta de Hatshepsut, ya que a su esposo Tutmés III sólo le corresponden secundarias funciones. El partido legitimista saborea entonces largamente su victoria. En torno a la persona regia de Hatshepsut, actúan en las posiciones más eminentes, algunos personajes cuyas efigies han quedado eternizadas en los muros de Deir-el-Bahari. Senmut, el arquitecto insigne de las construcciones de Deir-el-Bahari, Karnac y Luxor, dispuestas por la reina, fué asimismo uno de los intendentes de los fabulosos dominios de Amón-Ra. La soberana sentía por él alta estima, al punto de nombrarle administrador de los bienes de su hija, la pequeña princesa Neferoura. (Antes había sido preceptor de Tutmés II, niño). De este favorito de Hatshepsut poseemos una estatua en bloque —Museo de Berlín— donde aparece sosteniendo sobre sus rodillas a la princesa Neferoura³⁰. Otro personaje de alcurnia que actuaba, ya en lo civil, ya en lo religioso, junto a la reina, era Hapusenb. Habíasele conferido el título magno de visir, pero era igualmente gran sacerdote (primer profeta) jefe de los profetas del Alto y del Bajo Egipto³¹. En un plano menor participaban en la administración del Egipto: Nehsi, guardador del sello real y jefe tesorero, que dirigió con Senmut la muy famosa expedición que fué al País del Punt en busca de incienso³², y Thoutii que suplantó a Ineni, ya anciano, en la dirección de la hacienda del reino como “jefe de la casa del oro y de la plata”³³.

La gloria de la reina Hatshepsut radicó, a todas luces, en la expedición por mar que fletó para el País del Punt, suceso de indescriptible asombro para sus contemporáneos. Este país, casi fabuloso, miliunanochesco, extendíase sobre las dos orillas del mar Rojo. Los egipcios, además de considerarla como “una tierra divina”, patria primitiva de los dioses Hathor y Horus, hacían de ella un paraíso terrestre, semillero de incienso y mirra,

²⁷ En un monumento que se custodia en Turín, Tutmés II figura en actitud de adoración hacia su difunto padre. (LEPSIUS: *Auswahl*, pl. 11); MORET: *Rois et dieux de l'Égypte*, pág. 33.

²⁸ BREASTED: *Ancients Records*, II, 125; MASPERO, *Monuments royales*, París, pág. 547.

²⁹ BREASTED: *Ancients Records*, II, 341.

³⁰ BREASTED: *Ancients Records*, II, 344, 363.

³¹ BREASTED: *Ancients Records*, II, 388.

³² BREASTED: *Ancients Records*, II, 290.

³³ BREASTED: *Ancients Records*, II, 369.

maderas preciosas, oro y marfil. Antes del reinado de Hatshepsut, varios soberanos enviaron allí expediciones en busca de especies suntuarias; pero nadie pensó en traer las plantas de sustancias aromáticas al Egipto. Desde muy antiguo, el incienso que era menester para los oficios litúrgicos era llevado al Egipto por vía terrestre o por intermediarios viajeros. Sin embargo, el comercio del Egipto con otras comarcas remotas periclitó casi durante la ocupación de los hicsos³⁴. Por una inscripción del templo de Deir-el-Bahari sabemos por qué la reina envió al País del Punt la mentada expedición. Quería cumplir un virgíneo deseo del dios Amón, quien ansiaba poseer un árbol de incienso en su templo morada³⁵. ¿De qué manera proceder para que tal orden inmortal pudiera cumplirse? ¿Cómo, sino plantando sobre las mismas terrazas del templo los árboles de incienso del País del Punt? Paremos nuestra atención en el texto siguiente: *Un día que Hatshepsut oraba junto al trono de Amón se escuchó en el santuario el deseo del dios mismo para que se exploraran las rutas que conducían a Punt y de recorrer los caminos que llevaban a las Escalas del incienso. Esa —dijo el dios— es una región maravillosa del reino de la divinidad; ése es mi país predilecto; yo lo he creado para mí mismo, para el regocijo de mi corazón*³⁶. La soberana, para dar cima a la orden del dios, designa al jefe tesorero Nehsi, para que corra con los preparativos de la expedición marina. Le acompañaron en la arriesgadísima empresa otros dos favoritos de la reina: Senmut y Thutii³⁷. La escuadrilla de cinco barcos, luego de un homenaje propiciatorio a los dioses del aire para asegurarse el favor de los vientos, zarpó de Egipto en el año 9 del reinado de Hatshepsut³⁸. La flota transportaba, además de las mercaderías para el intercambio, una estatua tallada en piedra de Hatshepsut para ser erigida en aquel lejanísimo país. La expedición arribó sin peripecias, felizmente, al País del Punt, siendo recibida con amistad por el rey Perehu³⁹. Se cuenta que tal fué el asombro de los habitantes del Punt al contemplar a los egipcios, que se les representa preguntándoles: “¿Cómo habéis venido hasta este país desconocido para el Egipto? ¿Habéis llegado por las rutas del cielo o habéis volado sobre el mar del país del dios?”⁴⁰

Atracados los barcos, dió comienzo al intercambio de productos. Ofrecieron los egipcios: pan, cerveza, vino, carne, granos, todas las excelencias del Egipto⁴¹. Por su parte, los pobladores del Punt colmaron los barcos egipcios con treinta y un árboles de incienso, pedazos de gomas aromáticas, ébano, marfil, oro verde, madera preciosa de incienso, polvo de antimonio, monos, jirafas, pieles de leopardo e indígenas con sus propios hijos niños. “Jamás cosas semejantes fueron nunca llevadas por rey alguno desde los orígenes del mundo”⁴². De vuelta la expedición a Tebas, cargada de sus miríficos productos, Hatshepsut ofrenda una parte de ellos, la excelsa, al dios Amón-Ra⁴³. Además, masas enormes de mirra, que alcanzaban la altura de un hombre, fueron pesadas bajo la vigilancia de Thutii,

³⁴ BREASTED: *Ancients Records*, II, 287; *Histoire de l'Égypte*, pág. 282.

³⁵ BREASTED: *Ancients Records*, II, 295.

³⁶ BREASTED: *Ancients Records*, II, 285, 288.

³⁷ BREASTED: *Ancients Records*, II, 290.

³⁸ BREASTED: *Ancients Records*, II, 252, 292.

³⁹ BREASTED: *Ancients Records*, II, 254.

⁴⁰ BREASTED: *Ancients Records*, II, 257.

⁴¹ BREASTED: *Ancients Records*, II, 259.

⁴² BREASTED: *Ancients Records*, II, 265.

⁴³ BREASTED: *Ancients Records*, II, 266, 270.

“jefe de la casa del oro y de la plata”, uno de los servidores áulicos de la soberana. “La primera vez que tuvo la dicha de medir los aromas para Amón y presentarle las maravillas que produce el Punt, Su Majestad preparó con ellos, con sus propias manos, una esencia perfumada para todos sus miembros, exhaló entonces la fragancia del rocío divino; su aroma voló hasta el Punt, su piel fué como amasada con oro y su rostro resplandeció lo mismo que las estrellas”⁴⁴. Pesáronse asimismo, en tal acto, grandes discos de oro en férreas balanzas que alcanzaban los diez pies de altura⁴⁵. Verificadas todas las operaciones, la reina Hatshepsut anuncia solemnemente al dios Amón el acabamiento de la expedición ordenada por su oráculo. Al efecto, congrega a la corte ante quien aparece en compañía de Senmut, el arquitecto real, y de Nehsi, el jefe tesorero, para anunciar, primerísima, el éxito de la empresa⁴⁶. Recuerda ella los deseos de Amón quien por la voz del oráculo le ordenaba “que plantara para él un Punt (un árbol de incienso) en su morada, en su templo”. De seguido agrega: “Tal deseo se ha cumplido. Yo he plantado para él un Punt en su jardín”. El templo florecido, merced a la solicitud de la reina, se vuelve “el jardín de Amón”.

A la expedición al País del Punt sobrevino una época feliz, de paz, en que se consolida el gobierno de Hatshepsut. Su potestad extiéndose, felicitaria hasta los más remotos confines. ¡Con qué orgullo lo proclama imaginariamente la reina! ¡Cómo trasparece su dicha en el lirismo de su verbo! “Mi frontera sud —anuncia— llega hasta el país del Punt; mi frontera oriental hasta los desiertos del Asia; mi frontera occidental llega hasta las montañas de Maui (donde se pone el Sol) y mi nombre se extiende hasta la zona de los habitantes de las arenas (los beduinos). Del Punt me ha sido traído el incienso hasta aquí y todas las lujosas maravillas de esos países han llegado a mi palacio. Me han brindado excelentes ejemplares en cedro, canela, todas las maderas dulcemente fragantes del país del dios. Hasta he recibido como tributo de Libia setecientos colmillos de marfil y numerosas pieles de panteras, grandes, ricas...”⁴⁷.

Hatshepsut aprovecha una larga época de paz para entregarse afanosamente a la restauración del templo de Deir-el-Bahari, perjudicado, primero, por la invasión de los hicsos, después, por la acción vengadora de Tutmés I y Tutmés II, quienes mandaron martillar los nombres y las imágenes de ella⁴⁸. Hatshepsut, por otra parte, se jacta en una inscripción del templo-speos de Path en Beni-Hassan, de la real tarea condignamente acometida: “Reconstruí —dice— lo que estaba en ruinas; continué lo que estaba inacabado desde que los asiáticos se asentaron en el corazón de Avaris; deshice lo que ellos hicieron, mientras gobernaban”⁴⁹. Con todo, pese a sus afanes tan en alto anunciados, su obra reparadora no llegó a su término. El último acto histórico de la soberana fué una expedición al Sinaí, que tenía como fin, reanudar los trabajos mineros paralizados por la invasión de los hicsos. Tales labores se acometieron celosamente hasta el año 20 de su reinado⁵⁰. Y después, ¿qué aconteció? ¿Cómo finó sus días mortales la egregia reina? Nada se sabe realmente; pero el año 20

⁴⁴ MASPERO: *Histoire ancienne des peuples de l'Orient classique*, tomo II, pág. 245.

⁴⁵ BREASTED: *Ancients Records*, II, 273-282.

⁴⁶ BREASTED: *Ancients Records*, II, 289, 295.

⁴⁷ BREASTED: *Ancients Records*, II, 321.

⁴⁸ BREASTED: *Ancients Records*, II, 296.

⁴⁹ BREASTED: *Ancients Records*, II, 303.

⁵⁰ PETRIE: *Sinaï*, pág. 19; BREASTED: *Histoire de l'Égypte*, pág. 290.

debió ser el postrero de la vida de Hatshepsut. Muerta ella, fué sepultada en un hipogeo en el Valle de los Reyes, tras el acantilado donde se apoya su magnífico templo. Un hipogeo —obra de su visir y gran sacerdote Hapousenb— cavado oblicuamente, constaba de un corredor de 213 metros de longitud, que descendía, en lo profundo, hasta 97 metros. La tumba quedó inacabada, sin decoración esculpida, sin ornamentos pintados. De su interior —M. Devis, en 1904— exhumó dos sarcófagos vacíos que pertenecieron a Hatshepsut y a su padre Tutmés I. La momia de éste fué hallada más tarde en los pozos de Deir-el-Bahari, no así la momia de la reina Hatshepsut⁵¹. ¿Qué fué de ella? ¿Padeció quizás las furias de sus enemigos? ¿Fué, acaso, escondida en otro sitio de la necrópolis o destruída para siempre?

En el año 21, muerta ya Hatshepsut, Tutmés III rige de nuevo el Egipto como soberano omnímodo. Su odio hacia la difunta reina estalla sombríamente. El templo de Deir-el-Bahari queda entonces a merced del furor iconoclasta. Tutmés III ordena picar a golpes de martillo, en todos los muros del edificio, el nombre de Hatshepsut; idéntica racha destructora afectó igualmente todas sus estatuas⁵². Ni siquiera hubo perdón para los fieles partidarios de la soberana: Senmut, Nehsi, Thutii y Hapousenb. Sus tumbas fueron profanadas y saqueadas; sus nombres y sus imágenes borrados despiadadamente de los relieves del templo. El rencor de Tutmés III crecía con fuerza incontenible. El nombre de Senmut —el arquitecto regio— fué arrasado tanto de su sepulcro y su estela funeraria, como de las tres estatuas erigidas en su honor en tres templos de Tebas. Una estatua del visir Hapousenb, y la tumba del administrador del tesoro Thutii fueron sometidas a igual género de violencias⁵³.

La reina Hatshepsut fué grande en la obra de la paz, por la hermosura de los monumentos que mandó edificar para su gloria. Entre todos, el

⁵¹ DAVIS Y NAVILLE: *The Tomb of Hatshopsitu*, Londres, 1925.

⁵² En el templo de Deir-el-Bahari, las mutilaciones consumadas contra los relieves y las inscripciones que personifican o nombran a Hatshepsut son numerosísimas. Con sin par violencia, repetidamente, quizás después de su muerte, se procedió a desvanecer toda huella de su existencia como reina legítima. Algunos ejemplos son en extremo explicativos. En el santuario de Anubis, al fondo de la primera cámara, arriba, entre dos figuras de chacales, ha sido extirpado por completo el protocolo de Hatshepsut. Al extremo de la segunda cámara, hacia el norte, la imagen de Hatshepsut, que señoreaba entre los dioses Anubis y Hathor, aparece también prolijamente borrada. En la pequeña capilla de Tutmés I, el cuadro principal del muro del fondo evocaba a Hatshepsut en compañía de su padre Tutmés I, orando ante el santuario de Anubis. Tanto el relieve de la reina, como su nombre grabado en la parte alta, entre dos chacales, fueron totalmente destruídos. En el pequeño nicho de la izquierda resaltan todavía los cuerpos de Tutmés I y de su madre Senseneb en actitud de ofrendar a los dioses; enfrente existían antes las imágenes de Hatshepsut con su madre Ahmés. La figura de Hatshepsut aparece hoy igualmente mutila. En la primera sala de la capilla de Athor está esculpida la barca sacra consagrada a la diosa Hathor. Sobre las ancas de la vaca, Hatshepsut estaba sentada, y en otra figura arrodillada bajo las ubres de la bestia. Ambas representaciones han sido desfiguradas, cruelmente desvanecidas. Como se ve no son casos aislados, casuales, sino obra calculada de destrucción sistemática. (Véase CAPART: *Thèbes*, Bruselas, 1925, págs. 220, 221). Con todo, dada la premura con que se verificaba la destrucción de las obras, algunas personificaciones de Hatshepsut se salvaron, olvidadas sin duda, en lugares oscuros. En una sala sombría, subterránea, del santuario de la diosa Hathor, fué hallado un relieve donde aparece intacta la figura de Hatshepsut amamantada por la diosa. Asimismo, en la avenida norte del templo de Deir-el-Bahari fueron descubiertas por los arqueólogos numerosas estatuillas de la reina Hatshepsut, la mayoría talladas en granito rosado, pero rotas, cercenadas. (CAPART: *obra citada*, pág. 221; PILLET: *obra citada*, tomo II, pág. 36).

⁵³ BREASTED: *Ancients Records*, II, 348.

más soberbio, el más grandioso es el templo de Deir-el-Bahari, que soportó tantas veces el furor de sus enemigos políticos. (El nombre Deir-el-Bahari, árabe de origen, que se traduce "el monasterio del norte", proviene de un monasterio cristiano levantado entre sus ruinas en el siglo VI). Conocemos el templo por las investigaciones arqueológicas cumplidas por Mariette en 1858, pero más todavía por los trabajos que pacientemente ejecuta Naville desde el año de 1894 hasta 1905⁵⁴. Actualmente, derribados los muros de ladrillo del monasterio, elévanse en la luminosidad mediterránea del aire del Egipto, las terrazas escalonadas y los restos imponentes de las columnatas que datan de la época de la dinastía XVIII. Este edificio de monumental alzada que los egipcios llamaban "el sublime entre los sublimes"⁵⁵, fué construído por mandato de la reina Hatshepsut por el año 1500. El arquitecto que lo concibió fué Senmut, el favorito de la soberana; pero Thutii vigiló la fundición de las puertas bronceas que estaban ornadas con figuras de electro y con guarniciones de otros metales⁵⁶. El modelo arquitectónico fué, con evidencia, el templo funerario del faraón Mentuhopet II, más pequeño, también en forma de terrazas, que se alzaba solitariamente en las cercanías⁵⁷. Sin embargo, si se los compara, cómo el templo de Deir-el-Bahari lo supera grandemente con su mole majestuosa y sus equilibradas proporciones.

Al oeste de Tebas, la cordillera líbica forma un imponente semicírculo de rocas doradas o rosadas, de casi doscientos metros de altura. El templo ideado por Senmut, con su triple terraza escalonada, extendíase a lo largo de 250 metros, desde la llanura hasta el fiero acantilado. Se pasaba, de una a otra terraza, por rampas suaves bordeadas por un parapeto de piedra a lo largo del que corría, como un pasamanos, una escamosa serpiente esculpida en caliza. La línea de las rampas era como el axa principal del edificio. ¡Qué audacia trasunta el arquitecto al elegir como fondo de su monumento el acantilado rocoso de la montaña! ¡Cuánta grandiosidad comunica al templo ese su contacto con las moles pétreas del paisaje! Nunca levantara Senmut edificio de más sublime belleza de conjunto. El templo estaba consagrado al dios máximo de Tebas, Amón-Ra; pero existían además en el edificio otras cámaras destinadas al culto de la diosa Hathor, con figura de vaca, y del dios Anubis, con cabeza de chacal. En su recinto se practicaba asimismo el culto fúnebre en homenaje a la reina Hatshepsut y a sus antepasados.

La planta del templo era escueta, pero grandiosa. Desde la llanura, una avenida flanqueada por esfinges con cabeza humana conducía hasta una puerta abierta en el muro fortificado⁵⁸. La puerta daba a un vastísimo patio sombreado con palmeras y viñas. Allí estaban asimismo los árboles de incienso traídos del país del Punt, que convertían el patio en el "jardín de Amón", oasis de cálidos verdes junto a las montañas desérticas. Por una rampa, se ascendía hasta un muro de contención de calcáreo albo y fino. En él, apoyábase un pórtico sustentado por doble hilera de pi-

⁵⁴ NAVILLE: *The Temple of Deir el Bahari*, Londres, 1923.

⁵⁵ *Zeser Zeserou*.

⁵⁶ BREASTED: *Ancients Records*, II, 375.

⁵⁷ JEQUIERT: *Les temples memphites et thébains des origines a la XVIIIe dynastie*, París, 1920, pág. 6.

⁵⁸ En 1798, los sabios que llevó Napoleón en su expedición al Egipto, contemplaron todavía una avenida de 450 metros de largo por 13 metros de ancho, bordeada por los restos de doscientas esfinges. En 1858 Mariette, y en 1866 Brune, sólo reconocieron de las mismas unos pocos pedestales y algunas ruinas de figuras.

lares sin base, cuadrados los de adelante, los de atrás cilíndricos. Era ésta, la primera terraza del edificio. La segunda, ubicada quince metros más alta que la anterior, constaba de un muro y un pórtico con doble hilera de pilares rectangulares. El pórtico de la derecha, se denominaba *Pórtico del Nacimiento*, porque los relieves de los muros rememoran la descendencia divina de la reina Hatshepsut; el de la izquierda, *Pórtico del Punt*, porque sus relieves describen, con pintoresca gracia, la expedición naval que la misma reina envió al País del Punt.

En las alas del pórtico sostenedor de la terraza se abrían dos pequeños santuarios dedicados a los dioses Anubis y Hathor. Al norte, el de Anubis, dios funerario con cabeza de chacal, constaba de un vestíbulo con doce pilares poligonales y tres capillas horadadas en la montaña. Asentada en el vestíbulo alzábase otra columnata también de pilares poligonales con cuatro cámaras pequeñas de ignorado destino. ¿Sería en ellas en donde —según Maspero— se alojaría el faraón difunto cuando entristecido de la soledad del valle de Biban-el-Moluk, se refugiaba en su templo-sepulcro para regocijarse con la compañía de los sacerdotes de su culto? Tal hipótesis es harto reveladora de las sutiles reconditeces de la teología egipcia⁵⁹.

Tanto el vestíbulo como la columnata del santuario del dios Anubis eran sostenidos por la misma forma de pilares que en la tumba de Chnoumhetep en Beni-Hassan, pilares que Champollion ha denominado “protodóricos”. Cada pilar está integrado por tambores cilíndricos surcados por estrías, con un ancho ábaco arriba. ¿Conocieron directamente los griegos la estructura del pilar poligonal egipcio, o el aludido soporte nació independientemente en Egipto y en Grecia? Haya sido o no el antecedente del estilo dórico griego, es notable la feliz armonía de sus proporciones⁶⁰. Tales pilares de piedra revestidos con un estuco de brillantísima blancura, con la pura euritmia de todas las líneas del edificio, evocan en seguida la forma clásica del templo griego.

La capilla del mismo santuario de Anubis ofrecía otra novedad interesantísima: el techo formado por una falsa bóveda de arco quebrado. Con una técnica harto rudimentaria, se apoyaban sobre los muros laterales de la sala numerosas hileras de placas de piedra curvadas, en forma abarquillada, recortadas en los bordes, que cerraban la cubierta. (En las épocas anteriores, durante las primeras dinastías, se hizo uso de la bóveda en la arquitectura egipcia, pero construídas solamente con ladrillos)⁶¹.

Al sud abríase el santuario de la diosa Hathor, señora del país de los muertos. Constaba de un pequeño templo con dos pórticos sucesivos ornados con columnas y pilares “athóricos”, vale decir, con soportes cuyos capiteles estaban formados por cuatro mascarones de la diosa Hathor, que remataban en un edículo o templete. La columna “athórica” era como la petrificación de un instrumento musical sagrado de Egipto: el sistro.

Luego, otra puerta de granito daba a un espacio despejado; a los lados

⁵⁹ MASPERO: *El arte en Egipto*, Madrid, 1915, pág. 16.

⁶⁰ Los egipcios no tuvieron, para las proporciones de sus columnas o pilares, un módulo único. La proporción del diámetro con respecto a la altura no es siempre idéntica. Varía de una columna a otra en la relación de $5\frac{1}{2}$ a 6, comprendido el ábaco. (Véase JEQUIERT: *obra citada*, pág. 6).

⁶¹ CAPART: *Thèbes*, Bruselas, 1925, pág. 216; JEQUIERT: *obra citada*, pág. 6. En la capilla de Tutmés I — templo de Deir-el-Bahari — el techo adquiere también por medio de placas de piedra arqueadas, que parecen dar la impresión de ojivas, la forma abovedada.

de éste, apoyados en la montaña, estaban los recintos de las ofrendas: a la izquierda, el destinado al culto de la reina Hatshepsut; a la derecha, un altar grande para los oficios en homenaje al dios solar Re-Harache. Detrás del muro de este patio, se veían nichos grandes y nichos pequeños adornados con estatuas. Por una puerta ubicada entre tales nichos se bajaba al Sancta Sanctorum, serie de cámaras sucesivas cavadas en las rocas.

Por su jerarquía estética, el templo de la reina Hatshepsut es uno de los más significativos del Egipto. Asombra la plena armonía lograda entre el paisaje y la arquitectura. ¡Qué emoción alta debía embargar al creyente al ir pasando de la luminosidad de las terrazas al misterio del santuario cavado bajo la montaña! ¡Cómo concuerda la forma del templo con las líneas horizontales de los bordes y las líneas verticales de las hendiduras del acantilado! Notable era asimismo la perspectiva, de lo más bajo a lo más alto, vislumbrada a través de las terrazas escalonadas en pendientes suaves. Las partes abiertas —aireadas, espaciosas— dábanle un aspecto imponente, como si se tratara de una creación de la naturaleza misma. El templo estaba batido en piedra caliza blanca, de finísimo grano. Tal blancura realzábase a su vez con una viva pintura de tonos rojos y azules. Las columnatas de las terrazas —integradas con pilares con cuatro, seis, ocho y dieciséis lados— se desenvolvían grandiosamente en anchura. Un sentimiento integral de medida emana de sus proporciones y de sus elementos decorativos. Tales pilares traen a la memoria, es cierto, la columna dórica griega. La norma de los arquitectos griegos de construir edificios perípteros —recintos cercados por columnas— ofrece aquí, a todas luces, un digno antecedente, aunque se trata de uno de los contados ejemplos de toda la arquitectura del Egipto. Al contemplar las ruinas actuales del edificio debe pensarse que la arquitectura estaba combinada con raros efectos de jardinería. El templo, merced a su pródigo arbolado, era como el jardín paradisiaco de los dioses y los faraones. ¡Qué riente espectáculo debía deparar a los ojos, el dorado rojizo de las rocas del acantilado, y la albura de las piedras del templo, con el verdor de los árboles del “jardín de Amón”, en la claridad azulosa de la atmósfera! ¡Qué susurros ledos, qué fragancias brotarían del hojear de los árboles exóticos!

Los muros del templo estaban ornados con ricos relieves policromados, muchos de ellos destrozados por la furia de los Tutmés. Tales relieves son verdaderos documentos para el estudio de la historia de la época, como lo son los relieves del Ara de la Paz de Augusto o de la Columna Trajana para la historia de Roma. El templo de Deir-el-Bahari es como un perdurable manuscrito de piedra. El muro nordeste narra el transporte de los obeliscos por las aguas del Nilo desde Asuán hasta Tebas. “El cielo estaba de fiesta —dice una inscripción—, la tierra alegre, la felicidad colmaba los corazones, cuando los asistentes admiraron esos monumentos que la reina Hatshepsut había hecho erigir para su padre Amón”. En la escena, se ve cómo los monolitos son cargados sobre un enorme navío opuestos por sus bases, una punta hacia adelante, otra hacia atrás; cómo una flotilla numerosa de chalupas custodia el navío principal bajo las órdenes de los insignes funcionarios Senmout, Thoutii y Nehsi. Tal verismo traduce el episodio, tal precisión de cosa viva, auténtica, que hasta podría intentarse un estudio de la marina de esa época faraónica⁶². Bajo

⁶² PILLET: *Thèbes*, II, pág. 42.

el pórtico de la terraza del centro se desenvolvían variados episodios del Nacimiento de la reina Hatshepsut, los que aparecen hoy destruidos o desvanecidos por obra de la venganza de Tutmés III. A la izquierda se relata la Expedición al País del Punt, hazaña que requirió los contornos de una extraordinaria epopeya marina. Estos relieves son evidentemente una de las glorias inmarcesibles del edificio. (El País del Punt era llamado “la tierra divina”, o “las escalas del incienso”). ¿En dónde estaba situado geográficamente? Se cree que designaba no un país con límites definidos, sino un grupo étnico que residía en la costa oriental de Africa (actual Etiopía) y al sud de Arabia⁶³. El relieve reproduce, abajo, en largas hileras de figuras, con científica justeza, raras especies de peces, crustáceos y pulpos, que nadan en las aguas del mar. Arriba, se detallan las diferentes peripecias que, en la navegación, acontecen a la flota egipcia. En otro pasaje, a orillas de un río, se divisan las cabañas de los pobladores indígenas del Punt entre cimbreantes palmeras. Más lejos, aparecen el jefe indígena Parihou en compañía de su esposa Ati, ambos reproducidos con la justa exactitud de sus tipos étnicos. (Las formas monstruosas de la reina Ati, su carnal opulencia, la explican, unos, por un tipo humano existente todavía entre las razas hotentotes, otros, como motivadas físicamente por una enfermedad)⁶⁴. En otras escenas, se asiste al intercambio de productos, o al derribo de los árboles de incienso para ser llevados al Egipto. Luego desfilan los barcos abarrotados de riquezas. Se ven los citados árboles plantados en cubas; los cargadores que trepan con las cargas por las planchadas; los fardos repletos de resinas, oro, marfil, ébano, piedras preciosas, plumas de avestruz; las parejas de raros animales: monos, leopardos, jirafas. Y por último, de vuelta ya la flota al Egipto, presenciemos la ardua faena de los funcionarios de la tesorería faraónica que reciben, pesan y anotan las cuantiosas entregas. Las propias divinidades Thot y Seshat, dioses de la contabilidad y la escritura, inscriben con sus mismísimas manos las entregas en los libros celestiales. Sólo en la época del arte de Tell-Amarna se esculpirán, en el Egipto, relieves tan vivientes y jugosos y tan verídicos. Aquí también la historia aparece grabada en la piedra perenne.

La exactitud, tan elogiada, que rezuman las cosas del País del Punt esculpidas en los muros del templo de Deir-el-Bahari, nace de un hecho especialísimo. Se piensa, que los expedicionarios llevaron consigo numerosos escribas quienes ejecutaron múltiples dibujos de todas las cosas extrañas que veían; tales dibujos fueron luego reproducidos, con fidelidad, por los decoradores egipcios⁶⁵. El estilo de los relieves testimonia sobresalientes cualidades, tanto en el dibujo como en el modelado. En ocasiones, ambos son de una fineza de ejecución limpidísima. Muchos de ellos se inspiran en el arte de épocas anteriores. Los artistas —dice Capart— habían recorrido las bibliotecas de los templos en busca de excelentes modelos⁶⁶. En efecto, en la capilla de las ofrendas de Deir-el-Bahari, el séquito de servidores se diría una reminiscencia estilística de los grabados de los templos o tumbas del Imperio Antiguo. Las grandes figuras de pájaros —gavilanes, halcones— que planean en lo alto, recuerdan por su tan sobrio dibujo, realizaciones de las pirámides de la V dinastía.

⁶³ E. NAVILLE: *Le Pays de Pount et les chamites*, París, 1926, págs. 114 y 121.

⁶⁴ CAPART: *Leçons sur l'art égyptien*, Lieja, 1920, pág. 402.

⁶⁵ CAPART, *Thèbes*, pág. 176.

⁶⁶ CAPART: *Leçons sur l'art égyptien*, Lieja, 1920, pág. 401.

La otra obra perdurable de la reina Hatshepsut, en los dominios del arte, son los obeliscos en granito rojo que mandó erigir en Tebas. (El obelisco era un objeto sacro que, con base en tierra, erguía hacia el cielo. Por lo general eran un par de piedras, gemelas, ubicadas a entrambos lados de la puerta de un templo, o en ocasiones, de una tumba. Ya se hizo uso del obelisco desde el principio de la época tebana como guardador del templo, al mismo tiempo que como insignia de su fundador. Luego, durante el Imperio Medio, el obelisco simboliza la representación del sol, pues aparenta ser un rayo solar petrificado. “El nombre de los obeliscos —dice Plinio, el Viejo— significa que están consagrados al Sol; el obelisco reproduce la imagen de los rayos del sol”⁶⁷. Tal simbolismo trasparéntase, por ejemplo, en el obelisco de Sesostris I, en el templo de Heliópolis. Los obeliscos, por otra parte, no ejercían sólo una función decorativa. Creían los egipcios, que eran verdaderos dioses, “seres de carne y hueso” necesitados de ofrendas comestibles como pan y cerveza, u otras más preciosas como oro e incienso. Existían, al efecto, textos sagrados que reglaban esos detalles rigurosamente. De eso mismo resulta, que la creación de un obelisco tenía por una ceremonia religiosa de alta trascendencia⁶⁸). Dispuso la reina Hatshepsut, la realización de tamaña empresa, al aproximarse el cumplimiento de los treinta años de su exaltación al trono. *Sentada en mi palacio* —son las palabras que ella hizo grabar sobre los cubos de granito rosado del basamento del obelisco— *me acordé de aquel que me ha criado, y mi corazón me inspiró entonces construir para El dos obeliscos de electro cuyas puntas se perderían en las nubes*⁶⁹. Anuncia asimismo Hatshepsut, con levantado lirismo, cuál fué su pensamiento al erigirlos: *Obré con mi corazón amante hacia mi padre Amón. Seguí sus impulsos, obedeciendo las inspiraciones de su espíritu egregio. Yo cumplía siempre lo que El decidía, pues sabía que era verdaderamente dios. El guiaba mis pasos. No concebí nunca trabajos sin su acción, pues El me daba las instrucciones. Yo no dormía, tan preocupada estaba de su templo, y jamás omití el cumplimiento de sus órdenes. Sin alejarme de la ciudad del Todopoderoso, no cesaba de inquietarme, ya que sabía que Karnac es el horizonte celeste sobre la tierra, la obra venerable, en donde en los orígenes del mundo el dios se apoyó para levantar el cielo*”. El arquitecto Senmut emprende la obra magna. En las canteras graníticas que señorean en Elefantina, junto a la primera catarata, elige los gigantescos monolitos para los obeliscos; practica luego una leva de obreros para el severo trabajo. La faena para la obra monumental empieza en el mes de febrero. En agosto, concluída la extracción de las piedras, fueron éstas transportadas en las barcas a Tebas, por el Nilo crecido. *Ellos son* —dice la reina— *de una sola pieza, de duro granito, sin juntas ni artificios*⁷⁰. Los obeliscos fueron recubiertos por muy ricas láminas de electro, siendo la labor decorativa fina obra de Thutii⁷¹. La misma Hatshepsut declara jubilosamente que ella misma, con sus manos, pesó el precioso metal en bolsas como si fuera trigo⁷². Y Thutii agrega, con no menos regocijo, que él apiló en

⁶⁷ PLINIO EL VIEJO: *Hist. Nat.*, XXXVI, 14, 1.

⁶⁸ CAPART: *Leçons sur l'art égyptien*, pág. 108.

⁶⁹ BREASTED: *Ancients Records*, II, 6-7, 317.

⁷⁰ BREASTED: *Ancients Records*, II, 318.

⁷¹ BREASTED: *Ancients Records*, II, 376.

⁷² BREASTED: *Ancients Records*, II, 319, 377.

la sala de fiestas del palacio hasta doce bolsas de electro⁷³. Ambas expresiones dan una idea de la riqueza suntuaria que se invertía en tales monumentos. La reina habla así a los venideros tiempos: *¡Oh, vosotros, que dentro de muchos años veréis mis monumentos y hablaréis de mis trabajos! Yo no sé —diréis— no sé cómo han podido realizarse, cómo una montaña ha podido levantarse, construída enteramente en oro, como si fuera de la nada*⁷⁴. ¡Cómo no iba a jactarse la reina, pletórica de dicha, de la hermosura de sus obeliscos! ¡Cómo no considerarlos como el símbolo incorruptible de su gloria! *Sus puntas —declara— están bañadas del más excelente electro que producen ambas riberas del río. Su fulgor inunda los Dos-Países, cuando el sol, al elevarse sobre el horizonte del cielo, los ilumina*⁷⁵.

Para el emplazamiento de semejantes colosos elige Hatshepsut la sala de las columnas (la sala hipóstila) edificada por su padre Tutmés I, la misma donde su esposo Tutmés III —¡oh, infidelísima ironía!— había sido ungido faraón por el oráculo de Amón-Ra. Los obeliscos, cuyas agujas gigantescas volaban hacia el azul, eran las piedras más altas erectas jamás en el Egipto. Las cifras hablan más claramente que cualquier descripción prolija. Medían 30 metros de alto por 2 m. 56 de ancho en la base; cada uno pesaba solitariamente 350 toneladas. Para emplazarlos hubo que derribar el techo y abatir todas las columnas de cedro de la parte sud de la sala de Tutmés I. Más tarde —muerta la reina Hatshepsut— Tutmés III se venga del ultraje, pues levanta en torno de ellos un muro que los cubría totalmente; sólo de lejos divisábanse sus cimas fulgurantes de electro. No los pudo voltear, como era su vengativo deseo, porque tal acto hubiese acarreado la destrucción de la parte central del templo. Borrados de sus caras los nombres de la reina Hatshepsut, amurallados luego, los obeliscos quedaban anulados por completo como piedras de gloria de la soberana. ¡Triste destino deparado a todas las realizaciones de arte de Hatshepsut! ¡Crueldad sañuda que tiende diabólicamente a destruir toda huella de la memoria ilustre de la soberana! De los dos obeliscos, uno está todavía en pie, enclavado entre los muros derruidos de la sala hipóstila, para deslumbramiento de los que visitan las ruinas de Tebas; el otro— el del sud— está caído, pero perduran la base, algunos fragmentos del fuste cuajado de inscripciones y un trozo de su vértice resplandeciente⁷⁶. La esbeltez ascensional de la aguja, el tono purpúreo de su piedra, como la primorosa belleza lineal de los jeroglíficos esculpidos sobre sus superficies planas hacen de estos dos obeliscos dos piezas únicas del arte egipcio.

Pocas épocas de la historia de Egipto fueron tan abundantes en acontecimientos insólitos e imprevistos como esta de la reina Hatshepsut; pocos períodos de su arte tan creadores de obras de incomparable grandeza. Los monumentos que Hatshepsut, con sin igual pasión, erigió para su fama, son los que han permitido aclarar, con bastante certeza —a pesar del deseo de sus enemigos políticos por volatizarla— mucho de misterio que rodeaba su milenaria existencia.

⁷³ BREASTED: *Ancients Records*, II, 377

⁷⁴ BREASTED: *Ancients Records*, II, 371.

⁷⁵ BREASTED: *Ancients Records*, II, 315.

⁷⁶ El pedestal del segundo obelisco pesa 56.732 kilos. La punta no es más que un fragmento de seis metros, pero pesa 60.000 kilos. Cuando se golpea, la piedra emite un maravilloso son de campana. CAPART: *Thèbes*, Bruselas, 1925, pág. 30.